

Antonio Palacios (1872-1945)



Antonio Palacios-1924

El arquitecto de **Madrid** **cosmopolita**

■ *Texto: Antonio Recuero.*
Centro de Publicaciones del Mitma

Autor de grandes obras que cambiaron por completo la fisonomía de Madrid, Antonio Palacios Ramilo (Porriño, 1974-Madrid, 1945) inició una meteórica carrera junto a su compañero Joaquín Otamendi proyectando, con apenas 30 años, uno de sus edificios más emblemáticos: el Palacio de Comunicaciones (1904), en la Plaza de Cibeles. Le siguieron, en las dos décadas siguientes, otros igualmente representativos, como el Banco Español del Río de la Plata (hoy sede del Instituto Cervantes), el Círculo de Bellas Artes, el Hospital de Jornaleros de la calle Maudes, el Hotel Avenida o el Banco Mercantil e Industrial, que confirieron a Madrid el empaque de modernidad del que carecía. Su legado arquitectónico, en el 75 aniversario de su fallecimiento, continúa vigente como una de las aportaciones más sólidas a la arquitectura madrileña del siglo XX.



Templete Red de San Luis

Cuando el joven

Antonio Palacios llegó a Madrid en 1892 para comenzar estudios en la Escuela Superior de Arquitectura, muy pocos eran los grandes referentes urbanos de la ciudad que hacían evocar al viajero cualesquiera otra de las grandes urbes europeas. Como el país, su capital se encontraba sumida de lleno en la gran crisis de final de siglo, y sus mejores referentes arquitectónicos se remontaban al siglo de la Ilustración (Palacio Real, Museo del Prado, el paseo o Salón adyacente y sus grandes fuentes ornamentales de Neptuno y Cibeles), o aún más remotamente, al siglo de Oro (plazas Mayor y de la Villa).

Madrid, a finales del siglo XIX, era una ciudad de apenas medio millón de habitantes, cuyos grandes proyectos urbanísticos se habían visto sucesivamente aplazados por las guerras carlistas y las crisis políticas. Y esa impresión de encontrarse ante un pueblo grande, más que en una gran ciudad, era la que calaba en el viajero que pisaba por primera vez sus calles y que había tenido oportunidad de visitar antes alguna de las principales ciudades europeas. Unamuno, recién llegado a la capital para cursar estudios universitarios, acuñó ya hacia 1880 su rústica imagen de poblachón manchego: “En un lugar de La Mancha, cuyo nombre es Madrid, está asentada la capital de España...”, dejó escrito en “La ciudad y el campo. Impresiones de Madrid”

Una ciudad por hacer

Si bien es cierto que desde bastante tiempo atrás existía conciencia de las grandes limitaciones urbanas de la capital, de su inadaptación a los nuevos tiempos, que exigían nuevas zonas residenciales y tramas de calles más amplias que redujeran la propagación de incendios y favorecieran la salubridad y las comunicaciones entre barrios, los altos costes sociales y económicos de esas reformas (derribo y desalojo de viejas viviendas, indemnizaciones y levantamiento de otras nuevas, etc.) hacían que las esperadas reformas fueran inapreciables o discurrieran con gran lentitud.

Paradójicamente, muchos de los grandes problemas urbanísticos de Madrid habían sido ya diag-



Edificio Matesanz Gran Vía junto Tres Cruces

nostificados a comienzos de siglo XIX, durante el breve e ilegítimo reinado de José Bonaparte (1808-1813). Recién instalado en el Palacio Real, tras la pésima impresión que le causó la Villa y Corte, y no solo a causa del hostil recibimiento, el hermano de Napoleón decidió acometer una radical reforma, primero en el entorno del palacio y luego en otros barrios.

Sin duda entre sus pretensiones figuraba la de dar unos aires más parisinos a Madrid, con la apertura de nuevas y más amplias calles que conectaran los núcleos monumentales de la ciudad. Pero bajo su breve y convulso reinado sólo pudieron abrirse seis nuevas plazas en Madrid (además de la de Ramales, las de San Miguel, Santa Ana, Mostenses, San Martín y San Ildefonso), actuaciones expeditivas que comportaron en la mayoría de los casos el derribo de un importante patrimonio, sobre todo conventual y religioso, pero que mostraron el camino

para otras actuaciones en las décadas posteriores. En todos esos proyectos subyacía ya la idea de abrir una gran vía que conectara, de la manera más rápida y cómoda, las grandes zonas monumentales de la ciudad, desde el Palacio Real hasta el Prado.

No sería, sin embargo, hasta el reinado de Isabel II cuando se abordaría de nuevo con intensidad la búsqueda de soluciones a los problemas urbanísticos de la capital. En 1860 se aprueba el Plan Castro, que propone la creación de nuevos barrios dentro y fuera de la ciudad, especialmente hacia el norte, extramuros de la cerca levantada bajo el reinado de Felipe IV con fines recaudatorios, y por el este, donde se amplía el barrio de Salamanca. El derribo de ese cordón perimetral que constriñe la ciudad comienza por fin a hacerse realidad, dando forma al primero de los grandes paseos de ronda o bulevares entre las actuales calles de Reina Victoria

y Fernández Villaverde y hacia el oeste por la calle Princesa. Se inicia así la primera gran expansión de la ciudad por el norte, hacia Cuatro Caminos y Tetuán, y el oeste, donde se construye el nuevo barrio de Argüelles.

Madrid se mueve

Con ese crecimiento surge la necesidad de nuevos modos de transporte colectivos, que pronto ponen en evidencia lo angosto de las calles madrileñas, sobre todo en su casco histórico, y en 1871 se inaugura la primera de las grandes líneas de tranvías, de tracción animal, que une precisamente el nuevo barrio de Las Pozas o de Argüelles con el de Salamanca. Ocho años después, en 1879, el vapor sustituye a los tiros de mulas y caballos y el transporte público empieza a experimentar un auge inusitado. Los tranvías son utilizados para el transporte de viajeros durante el día y para el traslado de cargas hacia los mercados durante las noches. Sin embargo, lo deficiente de la red viaria y, sobre todo, la estrechez de las calles en la almendra central, limitan sobremedida sus tráficos y hacen evidente la necesidad de trazar en ella nuevas vías de mayor amplitud. Es por entonces cuando se proyecta abrir en pleno centro una gran vía que permita unir la calle de Alcalá y la calle Princesa.

Los orígenes de este ambicioso proyecto tienen sus precedentes más remotos en 1862, año en que se decide ampliar la calle de Preciados y prolongarla hasta la plaza de San Marcial, cercana a la actual plaza de España. Las obras, pese a estar aprobadas, no llegaron sin embargo a arrancar y en 1898, con el conde de Romanones en la alcaldía, se

Sello conmemorativo

En 1904, fruto de los vertiginosos cambios en el mundo de las comunicaciones, que han dejado del todo obsoleta la histórica sede de Correos en la Puerta del Sol, el Estado promueve un concurso para la construcción de un nuevo edificio que acoja los servicios de correos, telégrafos y de teléfonos en un solar de casi 30.000 metros cuadrados, perteneciente a los desaparecidos Jardines del Buen Retiro y que le fue cedido tiempo atrás por el Ayuntamiento. El proyecto de Palacios y Otamendi destaca entre todos los presentados por su armónica integración en el conjunto de edificaciones señoriales que jalonan la plaza: el Banco de España, los palacios de Buenavista y Linares y la propia fuente de Cibeles. El proyecto sorprende muy gratamente al jurado pues, tras su prestancia y monumentalidad, esconde unos interiores diáfanos de enorme funcionalidad, que facilitan tanto la organización interna de las distintas tareas a desarrollar —entregas, clasificación, distribución y repartos, etc.— como por su accesibilidad al público en general. Esa monumentalidad y cercanía hacen que enseguida el edificio sea conocido popularmente como “nuestra señora de las comunicaciones”. El inicio de obras y la colocación de la primera piedra tuvo lugar el 12 de septiembre de 1907 y la construcción duró once años, hasta 1918.

Del proyecto se dice que, como era habitual en casi todos los diseños de Antonio Palacios, surgió de un solo dibujo para fachadas y cada una de las secciones interiores. En esos originales se podían apreciar ya prácticamente todos y cada uno de sus detalles finales, por lo que solo fue necesario trasladarlos a sus correspon-



Palacio de correos

dientes escalas. Si en el exterior el edificio llama la atención por su grandiosidad, con una superficie construida de más de 12.000 m², y unos ricos detalles ornamentales en los que se reconocen a primera vista influencias neoplaterescas y modernistas, en el interior se hacen más apreciables, al contrario, los aires más racionalistas de la nueva arquitectura norteamericana, donde la revolución de las estructuras metálicas da lugar a rápidos y más baratos métodos constructivos, y también de la secesion vienesa y Otto Wagner, cuya profusa utilización de las artes decorativas —rejería, vidrieras, etc.— Palacios reinterpreta con especial tino, dotando de uniformidad a todo el edificio. De entre todos esos elementos decorativos destacan singularmente la azulejería de la Casa Ramos Rejano y las esculturas de Ángel García Díaz. Palacios dotó asimismo al edificio de enorme luminosidad, gracias a las claraboyas cenitales que recorren toda la cubierta. De

hecho, más de una vez declaró haber concebido el edificio como “un gran fanal de luz”.

Para la estructura, Palacios y Otamendi optaron por dividirlo en dos grandes cuerpos, tomando como eje de separación la calle de Alarcón, frente a la que levantaron el pasaje que actúa como divisoria y que sirve para comunicar las calles de Alcalá y Montalbán, donde alojaron el patio y las entradas y salidas del parque móvil de reparto. El cuerpo principal, al que se accede por la soberbia escalinata frente a Cibeles, alojó en su gran nave central los servicios de Correos, Telégrafos y Teléfonos, además de la llamada Sala de Batallas en la que se organizaba la clasificación, distribución y reparto de la correspondencia de acuerdo con sus destinos. El edificio mantuvo esa estructura y organización casi inalterables hasta 2003, año en que fue adquirido por el Ayuntamiento madrileño para alojar ahí su nueva sede.



Templete estación de Sol



Boca de metro de Tirso de Molina



Interior estación Sol

encargó un estudio definitivo de la Gran Vía madrileña a los arquitectos municipales José López Sallabery y F. Andrés Octavio, cuya presentación oficial tuvo lugar al fin en 1901 y cuya aprobación se demoró de nuevo hasta 1904, y el comienzo de obras hasta 1910. La idea del proyecto no es solo abrir una avenida amplia, sino engarzar también esta con otro eje (Prado- Recoletos-Castellana) donde el levantamiento de nuevos edificios en la década de los ochenta comienza a concentrar la nueva monumentalidad capitalina: edificios del Ministerio de Fomento (1891), Estación de Atocha (1888), Real Academia de la Lengua (1891), Bolsa (1885) y Banco de España (1884), todos ellos en un estilo que se ha definido como ecléctico y cosmopolita.

En ese contexto, donde la ciudad necesita hacerse y donde el país busca dejar atrás cuanto antes el cataclismo político y social que supuso la pérdida de las últimas colonias, tiene lugar la llegada de Palacios a Madrid, con apenas 18 años cumplidos, para cursar estudios de arquitectura. Atrás ha dejado sus primeras vocaciones, entre las que figuran el dibujo y la escultura, que se

remontan a su primera infancia y en las que se aprecian las influencias de su ambiente familiar, pues su padre trabaja como ayudante de Obras Públicas en el trazado de líneas de ferrocarril en la frontera entre Galicia y Portugal, y la familia materna posee canteras de granito en la localidad pontevedresa de Porriño, donde nació el 8 de enero de 1874.

Carrera meteórica

En la Escuela de Arquitectura, Palacios entablaría pronto estrecha amistad con Joaquín Otamendi (comparten clases y pensión), quien luego sería también su socio y colaborador más cercano. Durante esos primeros años, en los que pone pronto de manifiesto sus enormes aptitudes para el dibujo, comenzó a asimilar las influencias de arquitectos como Viollet le Duc, Rushkin, Otto Wagner y, muy especialmente, de Ricardo Velázquez Bosco, del que fue alumno y en cuyo estudio comenzaron a trabajar él y Otamendi con el título recién obtenido, en 1900.

Sin embargo, ambos deciden pronto independizarse y abrir estudio propio iniciando una precoz carrera en la que alcanzarán temprano reconocimiento y prestigio. Sin contar apenas con experiencia se presentan a varios concursos públicos y, en 1902, su proyecto para un Puente Señorial en la ría de Bilbao merece el primer premio y es publicado en la prestigiosa revista *Arquitectura y Construcción*, y a este seguirá su propuesta para un puente sobre el río Urumea, que obtiene un segundo lugar.

Por esos años comienzan a trabajar en pequeños encargos, fruto casi siempre del amplio

círculo de relaciones de la familia Otamendi, generalmente en el diseño de casas para la alta burguesía madrileña. Pero uno de sus mayores reconocimientos les llegaría en 1903, al quedar finalistas en el concurso del Casino de Madrid, donde ya se aprecian las grandes audacias formales del joven Palacios. De ese proyecto el jurado valoró, sobre todo, su original fachada, de contornos asimétricos, con un arriesgado e inédito eje diagonal para el encaje de plantas y una no menos sorprendente escalinata en voladizo emergiendo del patio de honores. Aunque el concurso, tras una serie de impugnaciones y recursos fue declarado desierto, buena parte del proyecto de Palacios y Otamendi fue adquirida y pasó a integrarse en el que dirigió José López Sallaberry, que aprovechó íntegramente la bella escalera diseñada por los dos jóvenes arquitectos, así como la idea de la fachada principal y su grandioso torreón sobre la puerta de carruajes.

La consagración llega con Correos

El gran espaldarazo a su fulgurante trayectoria acontecería apenas un año después, en 1904, cuando ganan el concurso convocado por el Estado para levantar una nueva Casa de Correos, ahora denominado Palacio de Comunicaciones, en una gran manzana desgajada del costado oeste de los Jardines del Buen Retiro. El proyecto, que quince años más tarde se convertiría en el edificio más representativo de la arquitectura capitalina de todo el siglo XX, sintetiza como pocos los rasgos esenciales de la arquitectura de Palacios: nueva monumentalidad con apenas unos pocos rasgos de otros estilos del pasado, primacía de la economía

de costes y de la funcionalidad, utilitarismo y racionalidad en la articulación de las estructuras. En ese mismo año, Palacios recibe el nombramiento de arquitecto jefe del Ministerio de Fomento, cargo que desempeña hasta 1915.

Si bien el inicio de las obras del Palacio de Comunicaciones se demoró otros tres años, la fama que les otorga el proyecto hace definitivamente de la joven pareja –ninguno de los dos ha cumplido aún la treintena– los arquitectos de primera elección para cualquier nuevo edificio al que se quiera otorgar impronta

de distinción y representatividad. Su estilo, que conjuga como ningún otro clasicismo y modernidad, cala en las clases más adineradas de la ciudad, que vive un nuevo fervor constructivo con el arranque de obras en el eje de la Gran Vía y en los ensanches proyectados décadas atrás. Palacios y Otamendi se convierten así en el sello casi ineludible de ese nuevo Madrid y su estudio comienza a concatenar un encargo tras otro. Su arquitectura dará forma al anhelo modernizador que, por distintos avatares, ha permanecido contenido y sin embargo latente durante casi más de medio siglo.

Tras el éxito alcanzado con el nuevo edificio de Correos en Cibeles, en los años siguientes firmarán una serie de obras no menos significativas: la casa

Palazuelo, en la calle de Alcalá esquina con Alfonso XI (1908-1911) y varios edificios del Balneario de Mondariz (Pontevedra), y casi al tiempo otras tres de sus obras más emblemáticas: el Hospital de Jornaleros de San Francisco de Paula, también conocido como Hospital de la calle Maudes (1908-1916) –actual sede de la Consejería de Transportes, Vivienda e Infraestructuras de la Comunidad de Madrid–; el edificio del Banco Español del Río de la Plata (1911-1918) –actual sede del Instituto Cervantes–; los talleres del Icai de Alberto Aguilera para la Universidad Pontificia de

El Palacio de Comunicaciones de Cibeles se convirtió pronto en uno de los edificios más querido y admirado de los madrileños

Comillas (1911); el Hospital de la Fuenfría, quizá su obra más racionalista y funcional (1917-1921); la sede para el Círculo de Bellas Artes (1919-1926); el Palacio de las Cariátides, que se llamó Banco del Río de la Plata, luego Central y es la actual sede del Instituto Cervantes (1911-1918). En total, y en las dos décadas siguientes, firman casi una treintena de proyectos de nueva construcción o reforma, como la actual Embajada de México, la Casa del Conde de Bugallal o el Banco General del Comercio.

La sociedad profesional entre ambos llegaría a su fin a partir de 1919, cuando Otamendi decide aceptar el nombramiento como arquitecto jefe de Correos. Pero a pesar de emprender carreras separadas desde enton-

Círculo de Bellas Artes

De los numerosos edificios de Palacios en Madrid, en el céntrico eje Alcalá-Gran Vía sobresale la que para muchos es su obra más hermosa y personal, el edificio que el arquitecto concibió como sede del Círculo de Bellas Artes. El proyecto, como tantos en los inicios de su carrera, surgió fruto de un concurso, el convocado por los socios de la institución para disponer de un nuevo y céntrico espacio que acogiera su amplio abanico de actividades: exposiciones, conferencias, representaciones teatra-

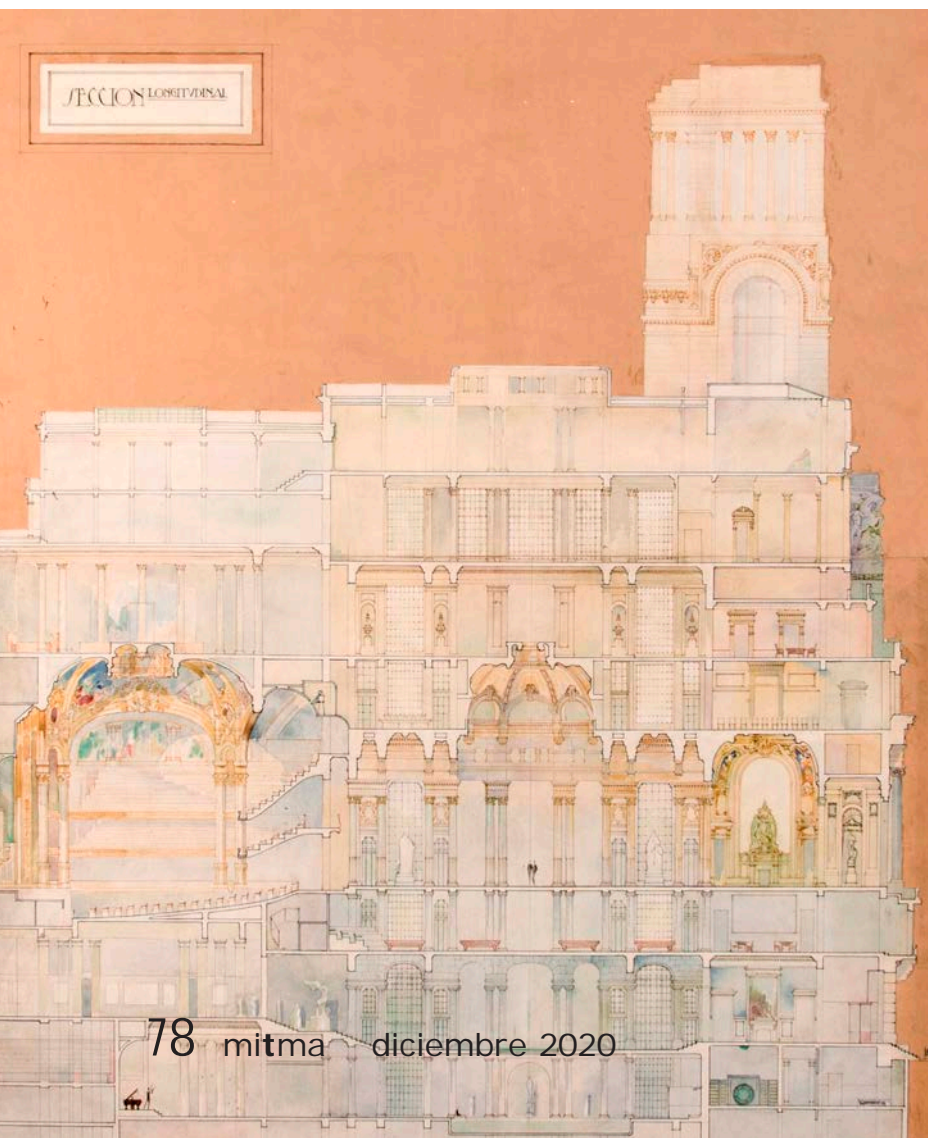
les, tertulias y reuniones. Para ello habían adquirido los jardines del palacio del marqués de Casa Riera. Al concurso se presentaron un total de 16 proyectos y el de Palacios fue rechazado en una primera criba, pues excedía en altura las cotas establecidas por el Ayuntamiento para las edificaciones de esa zona. El propio Palacios, que era también miembro de la junta directiva del Círculo, recurrió esa desestimación y luego los socios iniciaron varias campañas en su favor y en conside-

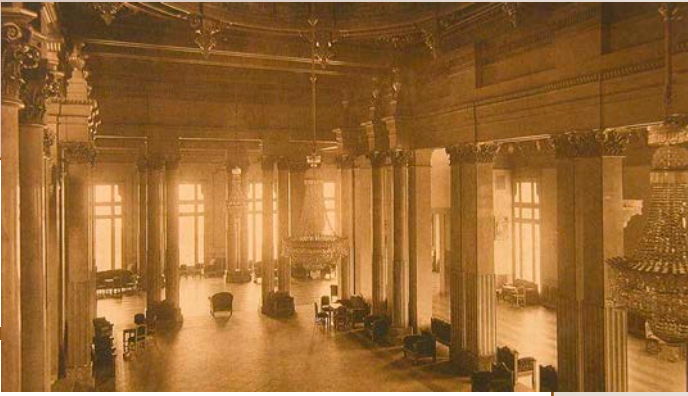
ración a su utilidad pública como entidad cultural, como ya ocurría con otros edificios proyectados en la Gran Vía. Admitido de nuevo, el proyecto de Palacios se impuso finalmente gracias al voto de los socios y su construcción comenzó en 1921, concluyendo en 1926. Los costes sobrepasaron pronto el presupuesto inicial y provocaron múltiples retrasos, además de varios modificados.

En el exterior el edificio destaca por su exquisito juego de volúmenes y su magnífico torreón, que le otorgan prestancia y personalidad en una de las zonas más transitadas y concurridas de la capital. En el interior, Palacios da muestras una vez más de su proverbial acierto y dota a cada planta de una muy bien estructurada organización de espacios, a los que confiere siempre la máxima diafanidad e iluminación. En él sobresalen, por su belleza, la gran escalinata imperial y el enorme salón de baile jalonado por unas no menos grandiosas columnas corintias.

Tras su inauguración el edificio fue tan denostado como alabado, e incluso la figura y la carrera de Palacios fueron también objeto de opiniones encontradas. Entre sus críticos se encontraba Ramón María de Valle-Inclán, quien a propósito del edificio del Círculo escribió: "Es una vergüenza. Hay que derribar inmediatamente ese Círculo de Bellas Artes, y ese Ministerio de Instrucción Pública, y ese Palacio de Comunicaciones, y medio Madrid...". Y entre los admiradores se encontraba un Federico García Lorca quien, bajo el seudónimo de Isidoro Capdepón,

Plano Círculo de Bellas Artes





Sala de fiestas Círculo Bellas Artes



Una sala de la biblioteca Círculo de Bellas Artes

dedicó al arquitecto el "Soneto al eximio arquitecto Palacios, autor del portentoso edificio del Círculo de Bellas Artes (Madrid), que tiene la admirable propiedad de mantenerse todo sobre una pequeña columna", algunos de cuyos versos dicen: "Oh, qué bello edificio! /Qué portento! / ¡Qué grandeza! ¡Qué estilo! ¡Qué armonía! / ¡Qué masa de blancura al firmamento / para hacer competencia con el día! / La ciencia con el arte aquí se alía..." En sus casi cien años ya de vida, el edificio tuvo muy distintos usos: checa durante la Guerra Civil y sede de Falange durante unos años en la posguerra. En los años 50 y 60 se intentó recuperar como institución recreativa, pero la falta de un programa sólido le hizo entrar en un agónico declive y, para sufragar en parte su mantenimiento, muchos de los espacios se privatizaron y alquilaron. Ya en los ochenta se buscaron nuevas vías de financiación y se recuperó su uso como institución cultural, restaurándose o reformándose buena parte de sus salas.

Palacios exhibe su dominio de la arquitectura de corte más regionalista: la Casa Consistorial y la Botica Nova, esta última proyectada para su hermano farmacéutico.

Las tres primeras décadas del siglo XX fueron sin duda las más prolíficas en la carrera de Antonio Palacios. A lo largo de ellas dio muestras de su gran virtuosismo a la hora de asumir y sacar adelante los proyectos más monumentales, en los que brillaron su prodigiosa imaginación y su extraordinario dominio de las artes decorativas. Durante todos esos años no renunció tampoco a otros encargos de menor envergadura, en los que también dejó constancia de su singular talento para la edificación de carácter más residencial, sabiéndose adaptar a los gustos de su variada clientela y a los condicionantes de los solares y de su situación urbana, bien fueran viviendas o locales comerciales. De entre sus numerosos proyectos de viviendas hay al menos un total de 20 edificios bien conservados en el centro de Madrid, y de entre los almacenes y sedes bancarias cabe citar la Casa Comercial Palazuelo (1919), el edificio Matesanz (1919), el hotel Avenida (1921-1924), el desaparecido Hotel Florida de la Plaza de Callao (1922-1924) y el Banco Mercantil e Industrial, último de sus grandes proyectos en Madrid, iniciado en 1932 y acabado al término de la Guerra Civil, en 1941. En todos ellos se hace evidente la cada vez mayor influencia de la arquitectura norteamericana en Palacios, especialmente en su tendencia hacia una cada vez más acusada simplificación de líneas y en la incorporación de nuevos materiales.

Palacios y el metro de Madrid

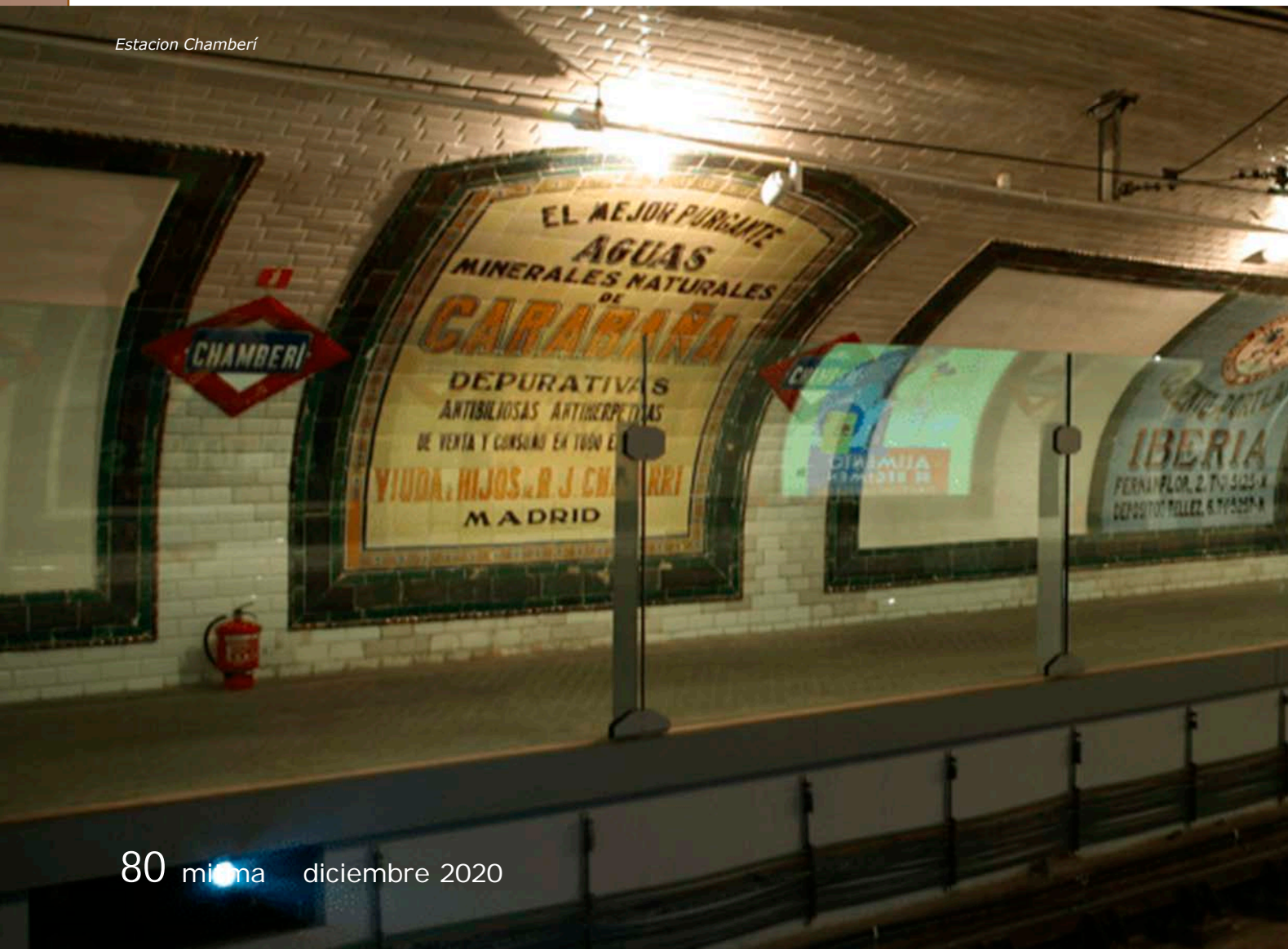
El medio de transporte más utilizado en la capital de España es deudor en buena medida también de las grandes aportaciones que, en los primeros años de su puesta en marcha, realizó para él Antonio Palacios. En 1914, el ingeniero Miguel Otamendi, hermano de quien fue su gran amigo y compañero de profesión, Joaquín Otamendi, funda junto a los también ingenieros Carlos Mendoza y González Echarte la Sociedad para la Construcción del Metropolitano Alfonso XIII, con

la idea de unir las grandes barriadas de la periferia con el centro de Madrid a través de cuatro grandes líneas radiales por las que circularía un ferrocarril subterráneo, semejante a los que ya habían visto en otras grandes capitales europeas como Londres, París o Viena.

El proyecto merece la aprobación del Ministerio de Fomento y en 1917, pese a ciertas trabas del Ayuntamiento, la sociedad obtiene la concesión y el permiso para el inicio de obras, inaugurándose el

primer tramo de la Línea 1, que unía la Puerta del Sol y Cuatro Caminos, en octubre de 1919. Prácticamente desde el primer momento, Miguel Otamendi pensó en Palacios como arquitecto para todos los nuevos proyectos constructivos que iba a requerir la puesta en marcha de la empresa: estaciones, naves, centrales de suministro eléctrico... Adelantado a su tiempo, Otamendi quería dotar a todo lo relacionado con la compañía de una imagen fácilmente

Estacion Chamberí



reconocible y grata a los ciudadanos, y conocía de sobra el talento y la implicación de Palacios en ese tipo de proyectos. Así, la huella del arquitecto de Porriño se mantiene hoy fiel en el logo o en algunas de las estaciones históricas, como la de Tirso de Molina o la clausurada hace ya muchos años de Chamberí, que hoy se puede visitar como Museo. En ellas ha pervivido la cerámica única escogida por Palacios, en la que predominan los tonos blancos y azules junto a un estilo art-decó también muy adaptado al gusto de los madrileños, que dotó de luminosidad e hizo muy grata la utilización de un modo de transporte subterráneo



Marquesina metro Gran Vía 50

y de por sí tenebroso a un público no habituado a él. Pero la obra de Palacios para el Metro madrileño alcanzó asimismo al legado del que quizá es hoy uno de los más ricos patrimonios de arquitectura industrial de la

ciudad, que comprende obras tan singulares con la Nave de Motores de Pacífico, también hoy museo, además de otras naves como las del barrio de Salamanca y la de Quevedo, o las cocheras de Ventas y de Cuatro Caminos.



Templo Votivo del Mar en Panxón.



En 1926 recibió uno de los reconocimientos para él más grato, siendo nombrado miembro

de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Pero hacia el final de los años 20 su

carrera comenzó un lento declinar. La rápida expansión del Metro le absorbió cada vez más energías y tiempo; el gusto del público también evolucionó hacia fórmulas más sencillas, restando sino prescindiendo en los edificios de los elementos más suntuarios y decorativos.

Banco Mercantil e Industrial



Durante la Guerra Civil, en el Madrid sitiado, en el que el Metro siguió abierto llevando tropas al frente de Ciudad Universitaria y ataúdes a los cementerios, sus estaciones sirvieron de refugio durante los bombardeos, Palacios se reclusó en su estudio. Allí trabajó en algunos proyectos de reforma urbana de Madrid, propuestas idealizadas en las que llevaba al límite su fértil imaginación, como en sus bocetos para la reforma de la Puerta del Sol, para la que ideó una colosal plaza en la que convergían diez amplias avenidas radiales, reminiscencia futurista de aquellos grandiosos foros imperiales que alguna vez imaginó José Bonaparte.

Al término de la contienda, reanudó algunos de los encargos interrumpidos, como los edificios de viviendas y el Banco Mercantil e Industrial para la familia Fernández de Villota. Simpatizante del bando nacional, esperó en vano un nuevo reconocimiento de su figura. Pero los destellos modernistas de su arquitectura no casaban bien con la línea de sobriedad herreriana que se impondría en la arquitectura oficial del nuevo régimen. Falleció el 27 de octubre de 1945, ya prácticamente recluso por una larga enfermedad en el reducido estudio de su casa en El Plantío. ■